

Y ahora solo nos falta resumir en breves palabras este capítulo y el anterior.

De derecho es preciso que el verdadero cristianismo sea apostólico; de hecho nadie mas que la Iglesia católica lo es:—de derecho es preciso que el verdadero cristianismo sea uno é invariable en su doctrina; de hecho no hay mas que la Iglesia católica que lo sea:—de derecho es preciso que el verdadero cristianismo posea una autoridad viva, infalible en materia de doctrina religiosa; de hecho nadie mas que la Iglesia católica la posee:—de derecho es preciso que el verdadero cristianismo haya continuado siempre la obra de los apóstoles con un éxito y un celo semejantes á los de aquellos; de hecho, no hay mas que la Iglesia católica que goce de ese privilegio. Luego el verdadero cristianismo no se halla mas que en la Iglesia católica, de lo que se deduce que todo hombre lógico que parta del principio incontestable de la existencia de Dios llega necesariamente de consecuencia en consecuencia á la religion católica, y que no hay medio razonable entre el ateísmo y el catolicismo. Luego ser ateo (esto es trastornar la naturaleza y abjurar la razon), ser ateo ó católico es una alternativa inevitable para el que no se detenga á la mitad del camino en la via de la dialéctica y sepa llevar el raciocinio hasta su último término.

nes de judíos: en 1830 no llegaba su número á cuatro millones. (Véase *Anales de la filosofía cristiana*, t. I, p. 75).

En cuanto al mahometismo, no ha tenido otro apostolado que el de la cimitarra, el terror, la sangre, la corrupcion, la barbarie; y se vá ya caduco como un viejo decrepito, abrumado bajo el peso de doce siglos de esclavitud, de molicie y de enervadores placeres.

CAPITULO XIII.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO: COMBATES Y TRIUNFOS DE LA IGLESIA.

Una de las glorias de la Iglesia católica es haber sido siempre combatida y haber quedado triunfante siempre; y esta es tambien una de las pruebas sensibles de que el Hombre-Dios está con ella desde su principio y se complace en hacerla vivir fuerte y vigorosa en medio de las luchas mas capaces naturalmente de echar por tierra una obra humana.

Véase al catolicismo desde su origen, en lucha con los enemigos mas numerosos, encarnizados y poderosos, mas fuerte en su aparente debilidad que las innumerables legiones de los que juraron ahogarlo en su cuna. Ese niño en mantillas es un gigante indomable, á quien el génio del mal y del error oprime entre sus mil brazos, á quien atraviesa mil veces con los dardos emponzoñados del desprecio, del ridiculo, de la calumnia, de la falsa sabiduría y al mismo tiempo con la cuchilla cruel de una persecucion inaudita, y que se rie de tantos esfuerzos violentos, creciendo cada dia á ojos vistas bajo los golpes de toda especie que parecian deber aniquilarle, desarrollando sus robustos miembros en un mar de sangre que hacen brotar de todas sus venas á torrentes, y viendo descender sucesiva-

mente á la tumba á las generaciones enteras que se levantan contra él como un solo hombre.

Sus primeros adversarios son los judíos obstinados. Pensaban estos haber concluido con la religión nueva clavando al madero de la infamia al autor mismo de esa religión; y ¿quién no hubiera dicho, como ellos, que la religión de Jesucristo, no suponiendo á este mas que hombre, quedaría muerta con él sobre el Gólgota?... Pero hé aquí que cincuenta y dos dias despues, los pescadores del lago de Genezareth, á quieues se creia dispersos para siempre, se convierten de súbito en milagros vivientes: el talento, el corazon, la lengua, todo es prodigio en ellos. Ignorantes, desconciertan á los mas sábios de su nacion: tímidos, pusilánimes, ostentan su frente erguida, su mirada segura, su palabra fuerte, contundente: nada les conmueve, nada habria capaz de hacerles retroceder un paso. La sinagoga, no pudiendo refutar sus palabras, los entrega al verdugo; quiere desprestigiarlos, desanimarlos y no logra hacerlos descender ni flaquear: á la altura siempre de su mision, lívidos todavia y con el cuerpo herido por los golpes, anuncian con mas celo y mas fuerza el nombre y la gloria del divino crucificado.

No por eso desmaya la sinagoga, y organiza una persecucion general (1); pero la tempestad pasa sin llevarse la verdad poderosa del Evangelio, y lejos de eso produce la conversion milagrosa de Saulo el perseguidor (2). Y despues de algunos años, durante los cuales se multiplican las conversiones de los judíos (3), vé Jerusalem caer sus muros á los golpes del ariete romano; sus hijos se despedazan

(1) *Actas de los apóstoles*, VIII, 1; IX, 1, 2.

(2) *Actas de los apóstoles*, XI, XXII. Véase la excelente obra de Lyttelton: *La religion cristiana demostrada por la conversion de S. Pablo*.

(3) En la historia compuesta por los judíos, *Sepher toldos Jeschu*, se lee lo siguiente: «Afligidos los sábios con los progresos de la religion de Jesús, clamaron á Dios y le dijeron: ¿Hasta cuando, Señor, permitireis que los Nazarenos prevalezcan?... Nosotros no somos mas que un número muy corto.» (Véase la *Hist. del establ. del cristianismo*, por Bullet).

que han servido para establecerlo, el testimonio de los mártires y sus caracteres sobrehumanos, la Iglesia y su expansion incesante y sobrehumana, la Iglesia y su identidad sobrehumana en medio de elementos activos de decadencia y de muerte de todo género, la Iglesia y su vida divina... ¿no es todo eso una demostracion mas que suficiente de que hay un Cristo histórico, un Cristo Hombre-Dios, fundador y conservador del catolicismo?... No es posible, por otra parte, desalojar al católico de su posicion sino atacando de frente y derribando á la vez todo el edificio de nuestras pruebas ó destruyéndolas una tras otra. Ahora bien: querer hallar un argumento capaz de echar por tierra de un golpe la unidad completa de nuestras pruebas seria querer abarcar con nuestros pequeños brazos de hombre un monumento colosal, y echar abajo con un solo esfuerzo sus sólidas bases unidas entre sí por su propio peso y por su fuerte argamasa: seria querer condenarse de antemano á negar todas las verdades históricas del mundo; porque si, suponiendo por un momento lo imposible, se verificase el triunfo de esa loca tentativa contra nuestras pruebas, ¿qué verdad histórica podria quedar en pié, cuando ninguna hay que tenga en su favor un conjunto de garantias que se asemeje siquiera al conjunto de garantías históricas de nuestra fé? Ahora bien, negar toda verdad histórica seria negar el sentido comun, la sociedad, el hombre mismo que no vive mas que de historia: para este el porvenir no existe, lo presente huye y muere al nacer, lo pasado solo subsiste en el estado histórico.—En cuanto al ataque sucesivo de nuestras pruebas, si el católico cuida de mantener invariablemente á su adversario en el terreno de la discusion sin permitirle divagar; si cuida de exigirle algo positivo contra los diversos hechos que constituyen cada prueba (porque cada una de ellas abraza una porcion que sería preciso destruir); si cuida de no aceptar nunca palabras por cosas, afirmaciones ó negativas gratuitas por argumentos; si cuida en fin de no pasar á una segunda cues-

tion hasta que la primera se halle fijada por un *si* ó por un *no* formal de parte de aquel contra quien se defiende, el triunfo debe ser suyo infaliblemente. Porque nada hay en el mundo mas fácil que contradecir; pero muy luego se reduce al silencio al que contradice cuando se precisan así los términos de la discusión: «Contra tal hecho y contra tales pruebas positivas que lo establecen ¿qué otro hecho ó qué otras pruebas positivas alegais? ¿Es constante ese hecho, *si* ó *no*? ¿Son sólidas esas pruebas, *si* ó *no*?...» Lo repito, el católico fiel á estos principios se mantendrá siempre inexpugnable: podrá no ganar á su adversario, pero nunca, pero jamás ser vencido (1).

Es otra consecuencia no menos importante que el católico es el único que puede lógicamente darse cuenta de sus creencias y de su conducta religiosa. Solo él sabe lógicamente de donde viene, á donde va, por qué cree tal ó cual dogma, por qué desecha este ó el otro sistema, por qué se abstiene, por qué obra. El discípulo del cisma ó de la heregía, por el contrario, y el filósofo no católico, cualquiera que sea, no pueden apoyarse sino en ellos mismos ó en otros individuos falibles como ellos; y si racionan, tienen lógicamente que concluir por dudar. No pueden, en

(1) En la controversia con los protestantes debe principiarse por la discusión de los principios, y hay que atenerse invariablemente al método que acaba de indicarse. La discusión de los diversos textos de la Escritura sagrada ó de los diferentes dogmas católicos rechazados por los reformados no produce las mas veces mas que debates interminables sin resultado positivo. Pero la de los dos principios fundamentales de la Iglesia católica y del protestantismo, del principio de autoridad infalible y del libre examen no puede menos de traer lógicamente confesiones decisivas en favor de la Iglesia católica, siempre que no se deje uno sacar de ese campo cerrado por el interlocutor protestante. Además la discusión de los dos principios cierra la puerta á todo: no escribiendo toda ella (como se ha visto en el cap. XI) sino sobre hechos patentes incontestables, no hay texto de la Escritura, cuya interpretación no deba acomodarse á esos mismos hechos: porque es imposible que un texto de los libros sagrados se halle en oposición con un hecho comprobado, de donde se sigue necesariamente que el que entendiese ese texto en un sentido incompatible con aquel hecho, quedaria por ello mismo convencido de interpretarlo mal.

efecto, crearse mas que opiniones movibles como el tiempo, opiniones que hoy creen verdaderas, que modificarán quizá mañana sin saber si todavia habrá en ellas un nuevo cambio (1). El católico, con los hechos en la mano, tiene siempre el derecho de decir á Dios con Hugo de Saint Victor: «Si me engaño, vos sois quien me engañais (2), y por lo tanto es imposible que me engañe,» porque se apoya sobre el hecho palpable de la Iglesia, cuya autoridad infalible, de hecho divino en hecho divino, remonta directamente á Dios. ¿Pero cuál es el sectario ó el filósofo que pueda fundar de una manera tan lógica sus convicciones, que pueda reconvenir al mismo Dios en la suposición de que se engañe? ¿Sobre qué encadenamiento de hechos, base de esas mismas convicciones, puede fundarse para enlazarlas lógicamente con la infalibilidad del Altísimo?... El católico, sobre cualquier punto que sea, puede siempre decirse: Negar tal punto de mis convicciones religiosas es negar la Iglesia; negar la Iglesia es negar á Jesucristo; negar á Jesucristo es negar á Dios; negar á Dios es negar la razón; negar la razón es negar al hombre. ¿Pero qué sectario, qué filósofo puede decir tambien: Negar mis opiniones ó mis convicciones es negar á Dios?...

Finalmente solo el católico es verdadero filósofo: porque solo él sigue siempre el verdadero método filosófico, la observación de los hechos: la observación de los hechos garantía de su creencia en Dios; la observación de los hechos garantía de su creencia en Jesucristo; la observación de los hechos garantía de su creencia en la Iglesia; la observación de los hechos para fijar todos los artículos de su fé y para

(1) «Mis convicciones hoy no son las de mi vida pasada, y no estoy seguro de que dentro de algunos meses sean todavia las mismas de hoy. No hay ley para el entendimiento.» Esto escribia M. Lamennais, convertido en filósofo racionalista, al abate Rohsbacher en el mes de setiembre de 1835. (Véase la carta dirigida por el abate Rohsbacher al periódico el *Amigo de la Religión* con fecha de 2 de enero de 1841, al final del tomo vigésimo de su *Historia de la Iglesia*.)

(2) *Domine, si error est, à te ipso decipimur!*

arreglar toda su conducta. Siempre y en todo procede así: ¿Enseña la Iglesia como doctrina católica tal ó cual punto de dogma ó de moral? Si lo enseña, Jesucristo lo ha dicho; si Jesucristo lo ha dicho, Dios lo ha dicho; si Dios lo ha dicho, tengo razon al adherirme á él, digase cuanto se quiera en contra, pues necesariamente tengo la verdad de mi parte. De consiguiente nunca sale de los hechos, único criterio sólido, único que está al alcance de todos, único capaz de fijar las incertidumbres perpetuas del entendimiento humano; mientras que el sectario no es sectario sino porque abandona la cadena de los hechos del cristianismo, y el filósofo no católico divaga siempre, relativamente á la verdad religiosa, á merced de tal ó cual idea, de tal ó cual sistema, ó en el vacío del escepticismo.

Verdad es que el católico cree misterios que no comprende. ¿Pero es por eso menos filósofo? ¿No comprende claramente la garantía divina, infalible que tiene de la realidad de esos misterios? ¿No es esa garantía un tejido de hechos incontestables? ¿Y si al creer esos misterios sacrifica á la ciencia divina y á la veracidad infinita de Dios la curiosidad de su razon, no exige la razon misma ese sacrificio? La razon, por último, lejos de empequeñecerse adhiriéndose á la revelacion infalible de Dios ¿no ensancha el círculo de sus conocimientos? ¿no se eleva hasta los mas íntimos secretos de la razon divina?... á menos que se quiera sostener que el descubrimiento de un fenómeno científico no es un aumento del dominio del entendimiento humano, porque este no comprenda ese fenómeno.

Para mí que escribo estas líneas y á quien Dios ha concedido hace mucho tiempo apreciar la grandeza que hay para el hombre en conocer los misterios, la razon y la lógica inatacable que hay en la fé católica; para mí que he visto de cerca en la discusion el vacío y la falsa posicion de los entendimientos á quienes falta todo punto de apoyo en todos los sistemas de secta ó de filosofía, no sabria concluir aquí el fruto de mis estudios y reflexiones sin bendecir

mil y mil veces á la Providencia por haber hecho brillar á mis ojos, con la luz del dia, la luz pura y dulce de la verdad religiosa. No me es dado comprimir el vuelo de mi alma penetrada de reconocimiento y de amor hácia esa Iglesia católica en que he hallado el reposo de ánimo tan necesario al hombre que raciocina, y en la efusion de mi corazon, le diré:

¡Oh venerable Iglesia católica, tan esplendente de verdad por ese solo nombre que te han dado los apóstoles, que ninguna secta ha podido arrebatarte jamás, yo te saludo como divina y como la única divina!... Merced á la bondad suprema que nunca podré ensalzar lo bastante, tú has bendecido mi cuna como bendecirás mi tumba, y tu solícito cuidado me seguirá mas allá con votos y oraciones, con una proteccion tan asidua como eficaz. A los piés del juez soberano, no estará solo tu hijo, como el hijo abandonado de la filosofía ó de la heregía, cuyo último adios no es mas que un puñado de tierra sobre un cadáver: como buena madre, tú me acompañarás con la aplicacion de los méritos infinitos de la sangre de que eres augusta depositaria.

Y yo, en tanto que dure mi destierro, en tanto que me vea precisado á arrastrar penosamente mis pasos en la arena movediza del desierto, me apoyaré en tí para no estraviarme ni flaquear: tú serás el *báculo saludable*, el *apoyo consolador* (1) del pobre desterrado, del infeliz viajero. Tu fé será siempre mi fé; tu voluntad la mia; tus sufrimientos los míos; tus goces mis goces, tu gloria mi gloria. Mis trabajos y mi celo tuyos son: tuyas mi vida y mis fatigas, tuyos mi corazon y mi pluma, tuyos mis dias y mis vigili-
lias; tuyo, por Dios, mi último suspiro. Y si al salir de este mundo, de este campo de batalla perpetuo entre el error y la verdad, el que se ha consagrado á defenderte, tiene la dicha inefable de oirse llamar: *servidor bueno y fiel* (2) ¡oh madre amada, tiernamente amada! allá en el

(1) Salmo XXII, 5.

(2) San Mateo, XXV, 21.